

Crónicas

DOMINGO 26 DE MAYO DE 2024

AÑO 4 - N° 128



// FOTO: JANELA VARGAS

El arte en la festividad del Señor Jesús del Gran Poder

Págs. 4-5



El amor de madre, un hilo universal que une a todas las culturas

Págs. 2-3



La resistencia creativa del escritor Víctor Montoya

Págs. 6-8



Maruja Carrasco en la entrada folclórica de la zona Cota Cota en La Paz.

// FOTO: GUSTAVO TICONA



LA FUERZA Y SACRIFICIO DE LAS MUJERES QUE DAN VIDA

El amor de madre, un hilo universal que une a todas las culturas

A vísperas del Día de la Madre en Bolivia, reflexionamos sobre el amor y sacrificio de las madres, conectando las historias de lucha y dolor de bolivianas y palestinas.

Milenka Parisaca

El 27 de mayo es una fecha significativa en Bolivia, donde se celebra el Día de la Madre, un homenaje al amor incondicional, la fuerza y el sacrificio de las mujeres que nos dieron la vida. Este año, nuestra reflexión se extiende más allá de las fronteras, hacia las madres de Palestina, quienes enfrentan la dolorosa realidad de perder a sus hijos en medio de un conflicto que parece interminable. A través de este esbozo, se busca resaltar la esencia del amor de madre en diversos contextos, uniendo historias de esperanza y dolor que trascienden continentes.

ENTRE EL AMOR Y EL SACRIFICIO

En Bolivia, el Día de la Madre es una ocasión para expresar gratitud y amor hacia aquellas mujeres que han sido el pilar de nuestras vidas. Historias como la de doña Maruja Carrasco, una madre que trabaja incansablemente en diversas actividades como empleada doméstica, vendedora, lavandera y otros oficios dignos para asegurar el futuro de sus hijos, son comunes en nuestro país. Su jornada empieza antes del amanecer y termina muchas horas después de que el sol se oculta, todo con la esperanza de brindar una mejor vida a su familia.

La fortaleza de 'Marujita' —como le dicen de cariño quienes la conocen y admiran— y muchas otras madres bolivianas refleja una devoción inquebrantable que es celebrada y reconocida cada 27 de mayo. Este día, los hijos se esfuerzan por devolver una fracción del amor y sacrificio recibidos a lo largo de los años, ya

DIRECTOR
Carlos Eduardo Medina Vargas

COORDINADORA
Milena Parisaca Carrasco

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:
Agustín Díaz Pacheco
Milena Parisaca
David Aruquipa Pérez

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Gabriel Omar Mamani Condo

CORRECCIÓN
José María Paredes Ruiz
Karen Keyla Nina Pino

FOTOGRAFÍA
Jorge Mamani Karita

Redes Sociales



www.ahoraelpueblo.bo

La Paz-Bolivia
Calle Potosí, esquina Ayacucho N° 1220
Zona central, La Paz
Teléfono: 2159313

Ahora
EL PUEBLO

Crónicas

► sea con un abrazo, un regalo o simplemente con su presencia.

Con sus 60 años y “los huesos oxidados”, como ella misma dice, guarda con cariño los recuerdos de sus sacrificios. Recuerda las épocas duras en las que tuvo que quitarse el pan de la boca para dárselo a sus tres hijos. Ahora, esos hijos son adultos “hechos y derechos”, tal como ‘Marujita’ siempre deseó, un anhelo compartido por todas las madres.

UN AMOR MARCADO POR EL DOLOR

A miles de kilómetros de distancia, en Palestina, el amor de madre también se manifiesta con una intensidad que es difícil de describir. Sin embargo, este amor está constantemente puesto a prueba por el conflicto y la violencia. Madres como las que son víctimas de los bombardeos israelíes y pierden a sus hijos, y hasta la vida misma, viven con una herida que nunca cicatriza. Su dolor es compartido por muchas otras mujeres que han visto a sus hijos partir antes de tiempo, víctimas de la guerra que parece no tener fin.

El 18 de abril de este año, el fotógrafo de Reuters Mohammed Salem ganó el prestigioso premio World Press Photo del año 2024 por su imagen de una mujer palestina acunando el cuerpo de su sobrina de cinco años en la Franja de Gaza.

La fotografía fue tomada el 17 de octubre de 2023 en el hospital Nasser en Khan Younis, en el sur de Gaza, donde las familias buscaban a familiares muertos durante el bombardeo israelí del enclave palestino.

La imagen ganadora de Salem muestra a Inas Abu Maamar, de 36 años, sollozando mientras sostiene el cuerpo envuelto en una sábana de Saly en la morgue del hospital.

La historia de Inas es solo una de muchas. Las madres palestinas enfrentan la realidad de criar a sus hijos en un entorno donde la seguridad es una incertidumbre y la paz un sueño lejano. A pesar de todo, su amor y dedicación no se ven mermados. En medio de la devastación, estas madres continúan luchando por un futuro mejor para sus hijos y para su tierra, simbolizando la resiliencia y la esperanza.

UN AMOR QUE TRASCIENDE FRONTERAS

El amor de madre, en su forma más pura, no conoce fronteras. Doña Maruja en Bolivia e Inas en Palestina comparten una conexión profunda: el deseo de proteger, cuidar y ver florecer a sus hijos, incluso en las circunstancias más difíciles. Sus historias nos recuerdan que el amor de madre es universal, un hilo que une a todas las culturas y que brilla con una luz propia, incluso en los momentos más oscuros.

A vísperas del Día de la Madre Boliviana, mientras celebramos y agradecemos a las mujeres que nos dieron la vida, también extendemos nuestro corazón y solidaridad a las madres de Palestina. Sus historias de lucha y amor nos inspiran a valorar y proteger la vida y a trabajar por un mundo donde todas las madres puedan ver crecer a sus hijos en paz y seguridad.

El 27 de mayo no solo es un día para rendir homenaje a las madres bolivianas, sino también para reflexionar sobre el amor de madre en todas sus formas y contextos. Es un llamado a reconocer el sacrificio y la fortaleza de todas las madres del mundo, desde las calles de Bolivia hasta las zonas de conflicto en Palestina.

// FOTO: DW



Premio
World Press
Photo del
año 2024.

EXPLOSIÓN DE COLORES, TEXTURAS Y ESTILOS QUE RECORREN LAS VENAS DE LA FIESTA MA

El arte en la festividad del Señor J

Esta celebración, reconocida por la Unesco, es un testimonio vibrante de la herencia cultural y espiritual de los bolivianos, inspirando a artistas a plasmar en sus obras la conexión entre lo ancestral y lo contemporáneo.

David
Aruquipa
Pérez

La festividad del Señor Jesús del Gran Poder, en todo su ciclo devocional, es una explosión de arte, desde los actos rituales, el preste, la ch'alla, las novenas, el cambio de manto al Tata, hasta cada una de las danzas con su sabiduría estética propia y el trabajo de los artesanos que dotan de vida a cada traje a través de hermosos bordados, una herencia cultural que nos acompaña y se renueva constantemente. Este complejo mar de colores, coreografías, música y cuerpos danzando son una poesía visual que recorre las serpenteadas calles de nuestra ciudad de La Paz, al son de las bandas, los cantos, los fuegos artificiales y demás sonidos embriagadores.

El arte y la fe acompañan a la Fiesta Mayor de los Andes, toda la ciudad se viste de fiesta. Basta caminar por la calle Los Andes, que en sí misma es un museo a cielo abierto, cada taller es una sala de exhibición de obras de arte, una zona de artistas, bordadores, mascareros, matraqueros, boteros, orfebres, etc. Estos artistas entregan sus obras a los miles de danzarines quienes activan la magia de invocar a los seres protectores de la festividad.

La festividad del Señor Jesús del Gran Poder integra la sensibilidad de artistas plásticos, que reflejan los sentidos estéticos de la fiesta en diversos soportes y materiales. Como diría la recordada Karin Schulze: "Cada artista tiene un motivo propio para hacer su arte, representa la visión de la persona, pero al mismo tiempo de la colectividad (...) La festividad del Señor del Gran Poder inspiró a artistas a realizar varias obras que la representan, pero también se cuestionan aspectos de la misma fiesta".

En esa línea, quiero referirme a tres artistas de los muchos que crearon obras inspiradas en esta magnífica festividad, porque los conozco y sus obras son parte de mi colección artística.

TRADICIÓN, CULTURA Y FE

En 2021, la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia (FC-BCB), a través del Centro de la Revolución Cultural (CRC), presentó la muestra artística *Fiesta y poder: tradición, cultura y fe*, un abanico de reflexiones sobre los diversos lenguajes artísticos, visuales y culturales vinculados a la memoria, la ritualidad, la historia y las artes presentes en la festividad de la Santísima

Trinidad del Señor Jesús del Gran Poder, declarada Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) en 2019.

En esta muestra conocí al joven artista contemporáneo Cristian Laime, a quien invitamos a ser parte de esta exposición porque su obra se fundamenta en la cultura aymara, en la cosmovisión y arraigo a la tierra. Ello se ve en su representación de la Pachamama, a través de su principal inspiración, su madre, la musa que conecta su arte con la naturaleza y con la identidad cultural de su territorio. La obra, presentada por Laime en aquella exposición, lleva por nombre *Fiesta y poder* y en ella se muestra la celebración del Gran Poder mediante tres mujeres viviendo la celebración.

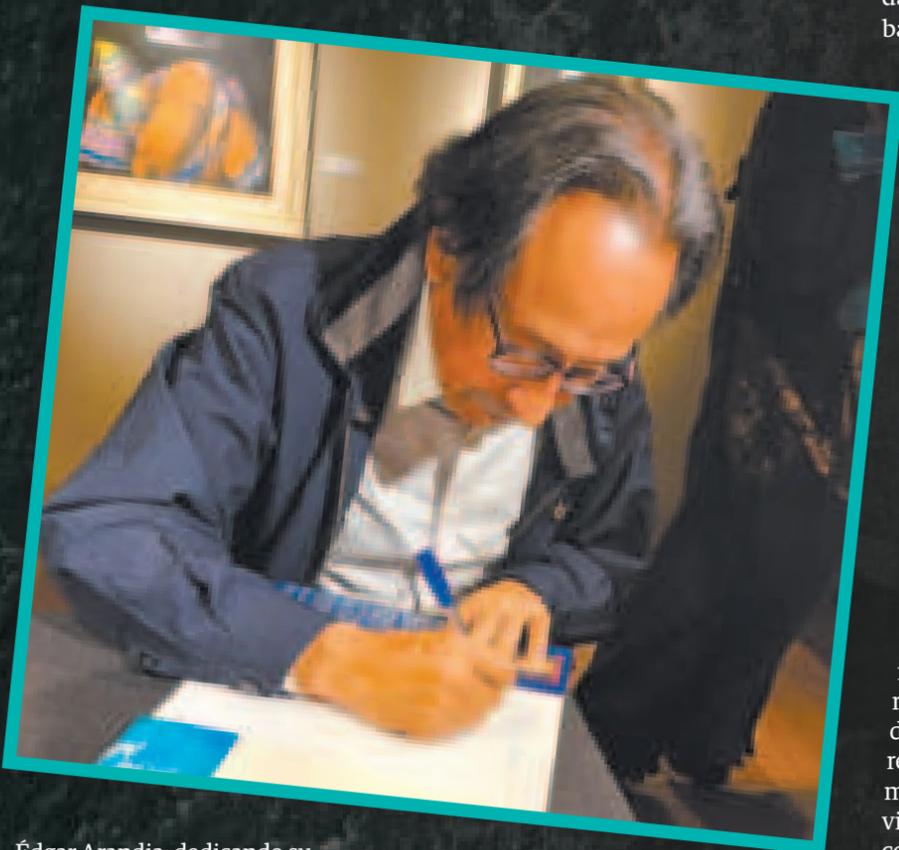
La exploración de este artista con la Fiesta Mayor de los Andes no se detuvo ahí. Más tarde, tuve la suerte de ser fuente de inspiración para otra obra denominada *Whapuri Galán*. Fue una grata sorpresa verla terminada y firmada por Cristian Layme, quien describe así su visión sobre estas obras: "El proceso creativo comienza con una inmersión profunda en las festividades, observando y participando en los eventos, comprendiendo los simbolismos y las historias que se esconden detrás de cada detalle. Luego, estas experiencias se filtran a través de la imaginación, convirtiéndose en composiciones visuales que buscan capturar no solo la apariencia externa, sino también el espíritu y la energía de la fiesta. Mis pinturas están impregnadas de colores vibrantes y formas dinámicas que reflejan el dinamismo de las danzas y la intensidad de la devoción. A través de ellas intento mostrar cómo la fiesta del Señor Jesús del Gran Poder no es solo un evento cultural, sino una manifestación de nuestra herencia espiritual, que se renueva y se celebra cada año con fervor y alegría. En el caso de las obras *Fiesta y poder* y *Whapuri Galán*, estas tienen un carácter místico donde los personajes trascienden la danza y se sumergen en la levitación del cuerpo como depósito de la espiritualidad, para ser receptores de lo divino. Siempre hablaré de mis trabajos desde la idea, el concepto, el mensaje y las sensaciones que supeditan lo técnico".

Es tan profundo dialogar con Cristian sobre la festividad del Gran Poder desde el arte porque nos conduce a entenderla como un encuentro identitario ancestral del tiempo, espacio y territorio, reflejados en los mundos del Alax Pacha, Aka Pacha y Manqa Pacha, elementos de la cosmovisión andina que se conectan con la Santísima Trinidad y los tres rostros del Señor Jesús del Gran Poder.

Laime profundiza sobre su obra: "La conexión entre lo ancestral y lo contemporáneo se manifiesta en mis cuadros, donde el pasado y el presente coexisten en una danza visual. Este diálogo constante entre épocas y culturas es lo que, creo, da a mis obras una profundidad y un significado que trascienden la simple representación. En resumen, mi arte es un puente entre la herencia cultural andina y la expresión contemporánea, un homenaje a las festividades que celebran nuestra identidad y espiritualidad".

TRANSFORMAR LA CHATARRA EN OBRAS DE ARTE

Mariano Ramírez es un artista y amigo que conozco hace muchos años y siempre me fascinó su destreza y talento, el sello propio que imprime



Edgar Arandia, dedicando su libro del Gran Poder, 2023.



// FOTOS: JANELA VARGAS

Obra *Fiesta y Poder* del pintor Cristian Laime.

artes presentes en la festividad de la Santísima

MAYOR

Jesús del Gran Poder

Cristian Laime (izq.) y David Aruquipa en la entrega del cuadro Whapuri Galan, 2023.



en sus obras con chatarra metálica. “Ningún fierro es efímero en su totalidad, todo hierro tiene una remetalización”, dijo al transmitir su visión.

Constantemente recalca que si algunos creemos en la reencarnación, él cree en la remetalización como redención del material despreciable, oxidado, olvidado y desechado que vuelve a cobrar vida. Mariano le da a la materia una nueva oportunidad de transmitir belleza.

Al referirme a la relación de su arte con la festividad del Señor Jesús del Gran Poder, me comentó: “La fiesta en sí misma es una explosión de arte en todo sentido, los colores, la coreografía, la música, la vestimenta, la gastronomía, es una poesía visual que recorre las calles de nuestra ciudad acompañada por bandas de sonidos exuberantes. El arte y la fe acompañan esta hermosa expresión cultural, donde maestras/os del bordado, mascareros, matraqueros, etc. despliegan una gama de técnicas, conocimientos e imaginación en cada obra que elaboran. Entonces, es ineludible al ojo del arte plástico, siendo una fuente de referencias pictóricas, escultóricas, antropológicas, abierta a todo material con el cual la/el artista logra la alquimia y la obra final”.

Ramírez es un poeta del arte y como tal ha llegado hasta mi colección con tres obras: *Waphuri Galán*, escultura en chatarra (2019); *Señor del Gran Poder*, dibujo sobre óxido de hierro (2020); y *China Morena*, escultura en chatarra (2022). Al respecto, Mariano narra: “Las obras mencionadas fueron fruto del esplendor que despliegan tanto la misteriosa imagen del Tata de la Santísima Trinidad—Trinidad que a su vez es unidad e individualidad—como la danza del Whapuri Galán, que tiene una estética formidable y original y, con un movimiento demoledor, interpela los prejuicios, al igual que la china morena que ahora es un ícono de resistencia desde la población LGBTI”.

LOS TRES ROSTROS DEL SEÑOR DEL GRAN PODER

Cierro este recorrido artístico con la obra de mi querido amigo y mentor Édgar Arandía Quiroga, multifacético escritor, político y artista popular, quien ha escrito y publicado sobre diversos pasajes de las fiestas populares de nuestro país, como la Festividad de las Ñatitas, una reconexión de los seres humanos con la Madre Tierra. Arandía también es autor de *Los tres rostros del Señor Jesús del Gran Poder, espacios sagrados y tiempos míticos*, un libro álbum con 16 láminas de las obras sobre la imagen icónica de la Santísima Trinidad del Tata del Gran Poder y sobre su relación profunda con la cosmovisión aymara. Cada imagen es una historia y refleja las diferentes prácticas rituales sincréticas entre lo católico y lo andino, desde las ch'allas, misas, prestes, afectos, familia.

Una de estas obras me ha cautivado desde que la vi en la sala de Édgar. Fue una noche de tertulia, estábamos compartiendo unos ricos drinks y una charla amena, cuando sentí que esta obra del Tata del Gran Poder, denominada *Save deus natura I*, nos había elegido para acompañarnos. Me obsesioné con la obra y ese momento comenzó una historia de persecución por más de dos años, hasta que Édgar Arandía, el sábado 20 de mayo de 2023, me dijo: “Si no es esta noche, no te entrego más el cuadro, por todo el valor simbólico que tiene”. Ese día era difícil movilizarse, coincidía con la Larga

Noche de Museos. Pero me dije “es ahora o nunca”. Nos citamos con Édgar en la plaza del Obelisco. Él vino acompañado de Ángelo Valverde, otro artista y amigo en común. El cuadro, una pieza rectangular de 110 x 30 cm, estaba envuelto en un papel blanco. La entrega fue un acto ritual emotivo, ch'allamos este intercambio con un vaso de whisky con nuestro testigo que saludaba el rito. Sentí la tristeza de Édgar por el desprendimiento. Pero luego me dijo: “Ahora está contigo, este Tata es muy milagroso”.

Desde ese momento, esta maravillosa obra es parte de nuestro hogar. Cuando le pedí a Édgar que me cuente por qué no quería desprenderse de ella, me contó: “El origen de esa pintura se remonta a muchos años, cuando fui a la casa de mi abuela, vi una tabla vieja, contorsionada, con tres clavos en cada extremo de la pieza, intuitivamente me la llevé a mi taller, porque sabía que simbolizaba la vida dura que mi abuela había vivido en la Guerra del Chaco, manteniendo a mi madre, a mi tío, a la familia entera. Entonces, esa deformación tenía espíritu, no era solo un trozo de madera. Luego tuve una vida de exilio y ya retornada la democracia, aproximadamente en 1983, aún estaba esta pieza en el taller. Llegué a realizar mis primeros trabajos sobre el fenómeno del Gran Poder, es tan hermosa esta construcción colectiva de la festividad, que cuando vi esta tabla que había conservado tantos años me dije: este es el soporte donde voy a plasmar la idea de los tres rostros, que fueron cubiertos en el cuadro original de 1930, por encargo del obispo Augusto Schieffer. Esa imagen de los tres rostros se relacionaba con los tres mundos indígenas. Entonces empecé a pintar y, aunque parezca increíble, no estaba conforme con mi obra. La repinté tres veces y al final logré que me gustara porque interpretaba todo lo que quería expresar desde el arte, la simbología del Tata”.

Desde 2017, el cuadro peregrinó por diversas exposiciones realizadas por Édgar Arandía en el país. Hubo varios intentos de compra por otras personas que se enamoraron del cuadro, pero este estaba destinado a estar conmigo.

Édgar me recomendó mucho sobre el respeto y cuidado que debo tener con la obra: “Una vieja tabla con clavos en los extremos, de alguna manera significa la pasión de Cristo en la cruz, y en ese pequeño espacio pude representar estos elementos que hacen de la fiesta un espacio popular, sincrético y donde debe renovarse constantemente la fe”.

Estos relatos, en el marco de la festividad del Señor Jesús del Gran Poder, representan un agradecimiento profundo a la comunidad de artistas, artesanos, danzarines, músicos, investigadores, periodistas, bordadores, diseñadores, hermanos y a todo el equipo humano que constantemente crea y recrea esta Fiesta Mayor de los Andes.

Y nos vamos al ritmo de la morenada:

FIESTA Y PODER

Tradición cultura y fe
Es la fiesta del Gran Poder
Patrimonio de la Humanidad
Nuestro orgullo boliviano

Artesanos manos de oro
Son la magia sin igual
Lentejuelas y cascabeles
¡Viva la Fiesta Mayor!

Las polleras multicolores
Todas giran al compás
Y las ruelas nos invitan
Llenas de fiesta y poder.

Suenan las bandas
El Illimani quiere bailar
Las cholitas, los morenos
¡Por el Tata del Gran Poder!

Letra y música: Eddy Zabala

Arreglos musicales: José Escóbar

Interpretación: Sajama Fusión

Propiedad: Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia (FC-BCB)



Cristian Laime (izq.) y David Aruquipa en la entrega del cuadro Whapuri Galan, 2023.

DE VÍCTIMA DEL DESPOTISMO A GUARDIÁN DE LA MEMORIA

La resistencia creativa del escritor Víctor Montoya

Montoya, un escritor boliviano acogido en Suecia como refugiado, se ha convertido en una figura emblemática de la resistencia a través de su obra literaria. Con su libro *Cuentos violentos* no solo narra su experiencia personal de represión y tortura, sino que también rescata la memoria colectiva de Bolivia y otros países sudamericanos afectados por dictaduras.

Agustín Díaz Pacheco (*)

El noble oficio de escribir, el constituirse en un sensible coleccionista de emociones y transformarse en notable guardián de la memoria, alzaprima la categoría del ser humano que sabe conjugar lo verídico y lo imaginario, es decir, el recuerdo y la ficción. Las antedichas condiciones ponen de manifiesto, en ocasiones, la enorme capacidad para aprehender lo que le ha sucedido al escritor y lo que éste ha ideado. Pero la importancia que subyace en la trayectoria de Víctor Montoya radica en una valiosa aportación: ser no sólo víctima personal del despotismo, sino que en él coincide la condición de víctima y de testigo. Lo que nace de la intrahistoria personal ayuda a solidificar la memoria colectiva, obliga a determinada actitud vital; es, a la vez, un ejercicio reivindicativo y ostenta cierto talante anímico. Existe en los humanos cierto ábaco que va engrosando la suma de vivencias y afanes, y es ahí donde se sustenta un sólido y convincente argumento literario.

La hechura verídica que impulsa a Víctor Montoya a situarse ante el espejo del recuerdo, su irrefutable labor para tamizar, la recuperación del ayer, que siendo individual es también colectiva, se transforma en transferencia en el siempre importante acto de escribir, constatación de una exigencia de plena coherencia, de una legítima pulsión que surge desde lo más hondo de su propia justificación existencial, puesto que el pasado se torna en emblema de su memoria. Todos aquellos que, de una manera u otra, hemos sufrido la represión: la autoridad, el poder, la violencia y la represión, hemos fecundado cierta resistencia. La autoridad y el poder que legitiman con totalitario énfasis la violencia y la represión; el poder en sí mismo tiene que valerse del chantaje, la prohibición, el miedo y la persecución, hasta llegar a asfixiar la libertad que ha de ser siempre consustancial con todo ser humano.

El escritor boliviano, quien fue acogido en Suecia en calidad de refugiado, se impone a sí mismo desamordazar la historia. Para él no es más que la puesta en escena, mediante el oficio de escribir, de una precisa estrategia develadora, que rehabilita el yo y los demás. Víctor Montoya se apoya en la ratificación de la leyenda, en



desencadenar el plomizo peso que ha fundido la historia oficial, censurada o neocensurada, pero que, afortunadamente, ha sido clarificada en un acto de reparación, tanto por unos como por otros, salvo por quienes procuran perpetuar el infierno. Es la suya una propuesta de plena denuncia ante los atropellos del colonialismo y la habilidad, despótica pero sinuosa, del neocolonialismo.

El creador de *Cuentos violentos* asume el difícil papel de indagar en la torturada historia de Bolivia, sin olvidar su posición de hombre creador que se instala en el ángulo sumamente crítico, a la vez que lúcido, del torbellino que han supuesto las

oprobiosas dictaduras padecidas por Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Brasil y Bolivia. Es Víctor Montoya un escritor que reafirma su resistencia y poder de evocación y de ingeniar, puesto que él ha sufrido el papel de víctima de la represión, al cual une el haber sido testigo y víctima no sólo ya de su propia existencia, sino el de observador de una cruel realidad. Desde su cuento *El tablero de la muerte*, pasando por *La letra con sangre entra*, *El encapuchado*, *El programa*, *Masacre minera*, *Días y noches de angustia* (Premio Nacional de Cuento, concedido por la Universidad Técnica de Oruro (UTO), Bolivia, 1984), *Confesiones de un fugitivo*, *Frente al pelotón* ▶

► *de fusilamiento, Me podrán matar, pero no morir*, hasta concluir con *La muerte de Carmelo*, asistimos a todo un ejercicio de narratividad testimonial, cruda por verídica, reivindicativa de la memoria objeto de la censura y la neocensura. No es Víctor Montoya el típico intelectual de salón, ególatra hasta el narcisismo, ni un escritor que huya del compromiso, sino que, por el contrario, es un modulador de voces anónimas que hunde sus raíces en el más firme convencimiento por recuperar lo que se sitúa al otro lado del muro, o sea, el silencio, la venda que prohíbe la mirada, y el pañuelo que doblega la voz; es un creador radicalmente distante de los 'intelectuales' que pretenden aspirar a la neutralidad, a exaltar una falta de comunión con lo que acontece en la sociedad; se separa del creador que creyendo ser autónomo y hasta independiente resulta ser cómplice del poder, cuando los hechos obligan, por su misma carga histórica, a un decidido compromiso con la realidad y la época que nos toca vivir.

No voy a entrar en la descripción de cada uno de sus cuentos, dicha tarea le corresponde al lector, pero sí debo sumergirme en cierta disposición literaria, porque los cuentos arriba mencionados, y que habitan *Cuentos violentos*, parten de un pasado sangriento, el cual él rehabilita: la historia de la invasión; el matriarcado represivo inscrito en las tres madres: la madre biológica, la madre profesora, y la madre patria, tres madres que hostigan cada una a su manera, y ejercen distintas formas de violencia, las cuales convergen en la tiranía; la capucha o el llamado tabique que vuelve anónimo al interrogado o torturado ante el desaprensivo torturador, especie de insólita mezcla de presencia y ausencia; la irresoluta acción de los mineros; la Masacre de San Juan; el apresamiento, cárcel, tortura y desaparición, que me hace recordar lo manifestado por Joseph Brodsky: "... el infierno ha sido creado por el hombre y que el hombre gobierna" (esta breve alusión a un texto de Joseph Brodsky figura en un libro editado por el PEN Club, que trata de los escritores y su personal experiencia en prisión; dicho libro me fue hurtado cuando las circunstancias más lo requerían); o lo que escribió Alexandr Solzhenitsin: "O una de las celdas psíquicas de Lefóvoro, como la nº III, pintada de negro, también con una bombilla de veinte vatios encendida las veinticuatro horas del día" (lo escrito por Solzhenitsin figuraba en el libro publicado por el PEN Club), que no es más que la diurnidad permanente, un lugar despojado de geografía, con la brutalidad inherente a la ausencia de brújula; la narración testimonial de una represión global y sangrienta; la irreparabilidad de la muerte, sistemáticamente ejercida por quienes están o pertenecen a un sistema dictatorial; la dualidad de lo ficticio y el verismo; la velocidad letal de las balas ante la reivindicación de los trabajadores; la doble tortura, y la violencia que ultima a las personas.

Los cuentos de Víctor Montoya forman parte de lo que ha denominado el escritor Siobhan Dowd: "La escritura carcelaria: un género". Cuando leemos lo narrado por el escritor boliviano, notable autor de *Cuentos violentos*, nos hace recordar *El cero y el infinito*, de Arthur Koestler; *Archipiélago Gulag*, de Alexandr Solzhenitsin; *El viejo y el funcionario*, de Mircea Eliade; o *Pedro y el capitán*, de Mario Benedetti, pero su recuerdo siendo afin por la condición de perseguido y torturado adquiere matices propios, una originalidad que se aprecia en sus cuentos, y que no suele ser frecuente. Él nos hace llegar una confesión que se le ha vuelto del todo necesaria. Así, la zozobra que origina la pleamar de la incertidumbre y el más insoportable insomnio es camino por el cual deambula la soledad extrema, una abrupta incertidumbre que torna violento cierto apagón interior. Hombres y mujeres en búsqueda de luz, encuentran infinitas sombras, mientras, paradójicamente, la diurnidad permanente a la que ya he hecho alusión, se expande en un territorio claustrofóbico, sin más referencias que las de un



espacio opresivo, desesperadamente finito. No es otro que el naufragio íntimo, la parapetada presencia de quien vigila, el interrogatorio que puede llegar a confundir hasta que brote, entre contradicciones, las contestaciones buscadas con sádico afán por un pesquisador, la insistencia del torturador psicológico o físico, y la más sórdida vejación.

Para quienes hemos sido detenidos, encarcelados e interrogados, y algunos hasta torturados, los textos de Víctor Montoya nos hacen retroceder a determinados instantes, a veces largos periodos, como a quienes tuvimos que soportar situaciones humillantes, de una aplastante soledad, víctimas de un interrogatorio dentro de un automóvil policial en la época franquista o el efectuado en una comisaría en nuestra singular partidocracia. Toda una ceremonia ultrajante: introducido en el interior de un vehículo, en el asiento trasero, duramente interrogado por un inspector de la BPS (Brigada Político Social, en su tiempo adiestrada por la Gestapo), o bien, esposado, y luego interrogado, después desprovisto de gafas, corbata, jersey, cinturón, ligas de los zapatos, fotografiado de frente, de perfil, y semifrontalmente, para más tarde ser absolutamente incomunicado en el interior de una celda.

La larga represión que ha pesado sobre Bolivia tuvo en Hugo Banzer Suárez (1971-1978) a un militar totalitario que fue asesorado por la CIA, y que fue convencido partidario de la presencia de oficiales bolivianos en la Escuela Militar de las Américas, ubicada en la zona del Canal de Panamá. Fueron ellos los que se convirtieron en despiadados asesores de los servicios represivos del Ejército y la Policía Boliviana, junto a la conexión con la Triple Alianza Anticomunista Argentina, y tiempo más tarde con la llamada Operación Cóndor, que imperó en el Cono Sur.

El autor de *Cuentos violentos* fue objeto de persecución, detención, encarcelamiento y tortura por especialistas argentinos. El lector, al acceder a uno de sus cuentos —no lo voy a revelar, el lector ha de buscar dichas huellas—, puede entrever la intervención de dichos especialistas en las labores de represión. La consigna del general Hugo Banzer Suárez consistía en Orden, Paz y Trabajo; que por su mismo carácter la podría traducir como: Opresión, Persecuciones y Tiranía; y quedaría encorsetada así, la Paz precedida de una brutal Opresión y la conclusión constituida por la Tiranía. Del antedicho Orden, Paz y Trabajo se desprende la vinculación al narcotráfico, unas veces por la explotación y posterior distribución mafiosa, y otra bajo la coartada anticomunista.

Es el mismo Víctor Montoya quien refiere en su cuento *Confesiones de un fugitivo*, inserto en *Cuentos violentos*: "En realidad, si me permiten ser más preciso, diré que en todas las cárceles se usaban los mismos métodos de suplicio: los choques eléctricos, en las zonas sensibles del cuerpo, la máscara antigás para provocar la muerte por asfixia, la percha del loro y el temible submarino, donde zambullían al preso en un recipiente de agua mugrienta. Colgado como una res en el matadero". Lo inesperadamente horrible consiste en saber que el hijo de un excelente escritor, cual fue Leopoldo Lugones, inventó la 'picana' en la República Argentina.

La violencia ha adquirido, tanto en Bolivia como en otros países sudamericanos, notorios rasgos, hasta convertirse en lo que se podría llamar violencia estructural. El poder subsiste, y hasta intenta encontrar perennidad en la práctica sistemática de la detención, la cárcel, el interrogatorio y la tortura. Dicha violencia estructural, para nada episódica o circunstancial, es una medida de seguridad para la propia inmunidad del poder. Y es mediante la



Víctor Montoya.

deja constancia de quien posee más que suficiente sensibilidad, por poner dos ejemplos), deja en *Cuentos violentos* su impronta personal, y ha sabido incorporar a la retina de su memoria lo que ya forma parte de la historia, y también de lo que significa la ficción. Es, por acción del oficio de escribir, como nos acerca a un país lejano que debemos hacer propio. La conjunción de verismo y ficción es la urdimbre de una persona sensible, testigo de un periodo tiránico al cual nos permite acceder mediante el presente libro.

Bolivia es ahora, cuando escribo estas líneas, un país donde el sol no está oscurecido por la tiranía. Una nación donde el poder y la participación ciudadana aspiran a quebrar el yugo y los grilletes del despotismo que tanto ha ostentado la oligarquía boliviana como el poder saqueador de las transnacionales. El papel a jugar en este proceso por la cultura, tanto la poesía, el teatro, el cuento, la novela y el ensayo, implican de por sí un compromiso con el presente y el futuro del sufrido país andino. En tal sentido, Víctor Montoya, desde su distante presencia, ubicado en la nostalgia y el deseo reivindicativo, continúa la lucha creativa, mientras persiste en la escritura, magnificada por la restitución histórica, la voluntad dirigida hacia otros libros suyos, en un hermoso proyecto y, todo ello, sabiendo manejar un excelente estilo literario y una permanente idea respecto a la ficción.

* Escritor y crítico literario español.

► lectura de *Cuentos violentos* como podemos asistir a la otrora presencia de los cuerpos represivos que, actuando en Bolivia, se prodigaron a Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Brasil, y la misma Bolivia, por supuesto. La 'picana', el 'submarino', la 'parrilla' y otros deleznable instrumentos de tortura eran los que sostenían a un poder totalitario que combinaba represión y corrupción.

La siniestra articulación de la autoridad, el poder, la violencia y la represión, los cuatro puntales de las distintas dictaduras que padeció Bolivia, y de las que fue víctima, testigo y revelador el escritor Víctor Montoya, por cuanto fue y sigue siendo un buen coleccionista de emociones y profundo guardián de la memoria, constituyen sucesivas etapas del poder militar y la oligarquía boliviana.

Víctor Montoya fue dirigente estudiantil hasta mediados del año 1976, luego perseguido por el régimen de Hugo Banzer Suárez, encarcelado en un penal de alta seguridad, el Panóptico Nacional de San Pedro, hasta que fue liberado en el año 1977 gracias a una intensa campaña de amnistía internacional, obteniendo asilo político en Suecia, país en el que residió desde entonces.

Estando recluido en el Panóptico Nacional de San Pedro fue donde concibió una tarea bastante arriesgada: escribir su testimonio en pequeños pedazos de papel que luego conformaron su primera obra: *Huelga y represión*. Ahora nos ofrece, gracias a una nada frecuente combinación de verismo y ficción, un libro de narrativa, *Cuentos violentos*, en los que ha sabido imprimir su peculiar sello escritural, ofreciéndonos un conjunto de textos narrativos subrayados por su marcado estilo directo, sencillo y riguroso a la vez, y mediante los cuales memoriza y sabe actuar como testigo, herencia entre vivos que ha de merecer nuestro respeto y humana admiración. Los cuentos suyos recuerdan lo expresado por Julio Cortázar: "Mientras que la novela vence por puntos, el cuento lo hace por k.o."; o lo que me confesó en el transcurso de una entrevista el escritor venezolano Salvador Garmendia: "La novela es una larga preocupación mientras que el cuento es un sobresalto". Y algunos de los cuentos de Víctor Montoya hacen que nos sobresaltemos, porque junto a una descripción de ambientes sórdidos se unen conclusiones del todo violentas. Encontramos también en sus cuentos, más en unos que en otros, cierto grafismo, determinada narrativa pictórica que actúa a manera de imágenes que hacen más cruenta la fusión de realidad y ficción, y, lo que es importante, sabe

manejar metáforas, así como recurrir a la capacidad del escritor omnisciente al utilizar en algunos de sus cuentos la distancia de la tercera persona, lo cual no le impide escribir en primera persona. Son sus textos testimonio, rehabilitación de la memoria, recreaciones catárticas y ficciones donde el lector puede hurgar para encontrar la verdadera naturaleza de la brutalidad militarista y la influencia de la oligarquía. Sabe distanciarse de una presunta o real narratividad que se ausenta de los hechos padecidos en Bolivia, porque, al igual que otros escritores, conoce la justa medida del intelectual comprometido, de escritor que valora la importancia de su carácter testificador.

Cuentos violentos supone un homenaje, la recuperación efectuada por el recuerdo, la heroica resistencia y el afán por una sociedad diferente y mejor. Quien desde hace años combina la creación literaria con la práctica de incisivos artículos (y ahí están textos periodísticos como *A bordo de un buque con Francisco Coloane*, de magnífica factura, o *Los perros y sus dueños*, excelente texto que también

